

En nombre de los muertos y de la España nueva el Generalísimo exige la unión de todos los españoles.

Texto del discurso pronunciado por el Generalísimo en Salamanca el día 18 de Abril de 1937:

«En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única, libre y universal, me dirijo a nuestro pueblo para decirle: Estamos ante una guerra que reviste, cada día más, el carácter de cruzada, de grandiosidad histórica y de lucha transcendental de pueblos y civilizaciones. Una guerra que ha elegido a España otra vez en la Historia como campo de tragedia y de honor para resolverse y traer la paz al mundo enloquecido hoy.

Lo que empezó el 17 de Julio como una contienda nuestra y civil es ahora una llamada que iluminará el porvenir por centenios. Con la conciencia clara y el sentimiento firme de mi misión ante España, en estos momentos y de acuerdo con la voluntad de los combatientes españoles, pido a todos una sola cosa: unificación. Unificación para terminar enseguida la guerra, para acometer la gran tarea de la paz, cristalizando en el Estado nuevo el pensamiento y el estilo de nuestra revolución nacional. Esta unificación que yo exijo en nombre de España y en el sagrado nombre de los caídos por ella, no quiere decir conglomerado de fuerzas ni concentraciones gubernamentales, ni uniones más o menos patrióticas y sagradas. Nada de inorgánico, fugaz, ni pasajero es lo que yo pido. Pido unificación en la marcha hacia el objetivo común, tanto en lo interno como en lo externo, tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestarlas ante el mundo y ante nosotros mismos. Para esta unificación sacra e imprescindible, ineludible, que está en el corazón de todos y que ahoga esas minúsculas diferencias personales, que el enemigo alienta con su habitual perfidia, me bastaría con invocar la urgencia de aquellas dos grandes tareas como acabo de hacerlo.

Pero es que también existen razones profundas e históricas para ello en la marcha de nuestro movimiento nacional.

En este instante—en que Dios ha confiado la vida de nuestra Patria a nuestras manos para regirla—nosotros recogemos una larga cadena de esfuerzos, de sangre derramada y de sacrificios, que necesitamos incorporar para que sean fecundos y para que no puedan perderse en esterilidades cantonales o en rebeldías egoístas y soberbia que nos llevarían a un terrible desastre digno sólo de malditos traidores y que cubrirían de infamia a quienes los provocaran.

El movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto, un movimiento más que un programa, y como tal, está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora a medida que la realidad lo aconseje. No es cosa rígida ni estática sino flexible y que, como movimiento, ha tenido por tanto, diferentes etapas.

Podríamos llamar ideal o normativa la primera de estas etapas. Nos referimos a todos los esfuerzos seculares de la reconquista española para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica. Un imperio cristiano fué la España que dió la norma ideal a cuantas etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra Historia.

La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista, o sea: cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España, se dió en el siglo pasado con las guerras civiles, cuya mejor explicación la vemos, hoy, en la lucha por la España ideal, representada entonces por los carlistas, contra la España bastarda afrancesada y europeizada de los liberales. Esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Nayarra como embalsando en un dique todo el tesoro espiritual de la España del XVI.

Y la tercera etapa es aquella que denominaremos presente o contemporánea. Y que tiene a su vez diferentes esfuerzos sagrados y heroicos al final de esta tercera etapa. Fué el régimen de don. Miguel Primo de Rivera momento puente entre el pronunciamiento de los siglos XIX y la concepción orgánica de esos movimientos que en el mundo actual se han llamado fascistas o nacionalistas. El segundo momento, fecundísimo, porque arrancaba de una juventud que abría puramente los ojos a nuestro mejor pasado apoyándose en la atmós-

fera espiritual del tiempo presente fué la formación del grupo llamado las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) el cual fué pronto ampliado e integrado con la portación de Falange Española y todo él asumido por la gran figura nacional de José Antonio Primo de Rivera que continuaba así dándole vigor y dimensión contemporánea, al noble esfuerzo de su padre e influyendo en otros grupos más o menos afines políticos de católicos y monárquicos que permanecieron hasta el 18 de Julio, y aún hasta hoy en agrupaciones también movidas por noble propósito patriótico, ésta era la situación de nuestro movimiento en la tradición sagrada de España, al estallar el 17 de Julio—instante—ya histórico y fundamental: en que todas estas etapas, momentos y personas afluyeron para la lucha común.

Ante todo Falange Española de las JONS, con un martirologio no por reciente menos santo y potente que los mártires antiguos e históricos, aportaba masas juveniles y propagandas recientes que atraían un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española.

Navarra desbordó el embalse acumulado tenazmente durante dos siglos de aquella tradición española que no representaba carácter al guno local y regional sino al contrario universalista, hispánico é imperial, que se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse portando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria.

Otras fuerzas y elementos encuadrados en diferentes organizaciones y milicias también acudieron a la lucha.

Todas estas aportaciones el 17 de Julio (ver-tice decisivo para el combate final que aguardaba nuestra Historia), han luchado hasta ahora encuadrados en lo militar por los cuadros de mando de nuestro Ejército glorioso y en lo político y civil por sus respectivos grupos, jefes y consignas.

Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas, esto es, el enemigo enfrente y la conyuntura histórica de una etapa integrada de todas las anteriores, nosotros decidimos ante Dios y ante la nación española dar cima a esa obra unificadora, obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada. Y para llevarla a cabo, nosotros ofrecemos dos cosas.

La primera, que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide, que el genio de nuestra Patria nos ofrece luchando lealmente contra toda bastardía y arrivismo. Queremos milites, soldados de la fe y no politicastro ni discutidores.

Y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedan fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España; no queremos una España vieja y maledada; queremos un Estado donde la pura tradición y substancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer imperial de nuestro pueblo.

Y ahora yo les diría a las naciones que carentes de sensibilidad e invadidas de un materialismo destructor venden su Prensa al oro de los rojos, entregan sus radiodifusoras a las propagandas criminales, comercian con los productos del robo y estrechan las manos de los salteadores y asesinos, que el enemigo mayor de los imperios, es el más fuerte peligro para los países no son los vecinos que un día lucharon noblemente en las fronteras, o en los que, resurgiendo de la vida internacional con pujanza no igualada, reclaman un puesto en el disfrute del mundo; ha nacido un peligro mayor, que es el bolchevismo destructor, ha nacido en marcha del comunismo ruso, enemigo que una vez arraigado es difícil vencer el que derrumba imperios, destruye civilizaciones y crea esas grandes tragedias humanas que, como la española, el mundo contempla indiferente y que no acierta o no quiere comprender.

Se invoca en las propagandas rojas la democracia, la libertad del pueblo, la fraternidad humana, tachando a la España nacional de enemiga de tales principios. A esa democracia verbalista y formal del Estado liberal en todas partes fracasada con sus ficciones de partido, leyes electorales y votaciones plenos de fórmulas y convencionalismos que confundiendo los medios con el fin, olvidan la verdadera sustancia democrática, abandonando aquella preocupación doctrinaria, oponemos nosotros una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad: verse y sentirse gobernado en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales cuanto a los económicos sociales; libertad moral al servicio de un credo patriótico y de

un ideal eterno y libertad económica sin la cual la libertad política resultaba una burla.

Y a la explotación liberal de los españoles sucederá la racional participación de todos en la marcha del Estado al través de la función familiar y sindical.

Crearemos una justicia y un derecho público sin los que la dignidad humana no sería posible; formaremos un Ejército poderoso de mar, tierra y aire, a la altura de las virtudes heroicas tan probados por los españoles, y reivindicaremos la Universidad clásica, que continuadora de su gloriosa tradición con su espíritu, su doctrina y su moral vuelva a ser luz y faro de los pueblos hispanos; este es el perfil del nuevo Estado, el que señalé en Octubre del pasado año, y que es común a la mayoría de los españoles no envenenados por el materialismo o el marxismo; el que figura en el credo de Falange Española; el que encierra el espíritu de nuestros tradicionalistas; el que es factor común de los pueblos que encerrando un liberalismo engañoso han orientado su política en camino de autoridad, de enaltecimiento patrio y de justicia social; el que contiene nuestra Historia española, tan pródiga en libertades efectivas con sus Cartas pueblas, fueros y comunidades; el que atesora la doctrina católica que la totalidad de la nación profesa.

Cuando en un pueblo que se creía vencido surge un movimiento grandioso como el nuestro, cuando de los triturados restos de un ejército se levanta el hoy potente y glorioso de nuestra causa, cuando se hace el milagro de cruzar por vez primera un ejército los aires, cuando de la carencia absoluta de Marina se pasa con constancia, laboriosidad y valentía a dominar en el mar, cuando se suceden las victorias y cada día aumenta la zona dominada, cuando carentes de oro se sostiene y eleva nuestra economía en plena guerra, se mantiene el prestigio de nuestra moneda, el crédito de nuestra zona y la abundancia y baratura es norma de la vida interior de nuestros pueblos, cuando se dan los casos de heroísmo individual y colectivo que el mundo admira y en cada combatiente hay un héroe y en cada prisionero un mártir, el optimismo más grande invade nuestro ánimo para gritar con orgullo: ¡Esta es España!

Y por último a esa juventud heroica que en las trincheras lucha; a esos beneméritos soldados que en los frentes resisten alegres las inclemencias del invierno y dan con admirable desprendimiento su vida por España, les afirmo que sus sacrificios serán fecundos y que la España que se forja en los duros golpes que nada dividirá a la España nacional, que la estrecha unión de la juventud española generosa, noble sin reservas no ha de ser por nada ni por nadie desvirtuada, porque quien pretendiera romper este ordenado movimiento nacional haciendo destacar una inquietud bastarda o queriendo beneficiarse de lo que tanta sangre cuesta, había de tropezar con el patriotismo viril de nuestra juventud y con el empuje de nuestros combatientes, que impondrían un severo castigo a toda tibieza o desunión en el camino de la Patria.

Yo os anuncio el patriotismo y la unión de todos los españoles; la unión más íntima en el servicio de la Patria y proclamo que muy pronto terminada la guerra y organizada España, os enorgulleceréis de llamaros españoles.

Cuando el prestigio de nuestra nación la haga digna del respeto de las demás naciones cuando nuestros barcos potentes y majestuosos paseen de nuevo la enseña de la Patria; por los mares; cuando nuestros aviones crucen los aires y al mundo lleven el resurgir de España; cuando los españoles todos alcéis los brazos y elevéis los corazones en homenaje a la Patria, cuando en los hogares españoles no falte el fuego, el pan y la alegría de la vida, entonces podremos decir a nuestros caídos y a nuestros mártires: vuestra sangre ha sido fecunda, pues de una España en trance de muerte hemos creado la España que soñastéis cumpliendo vuestro mandato y haciendo honor a vuestros heroicos sacrificios.

Y en los lugares de la lucha donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes, elevaremos estelas y monumentos en que grabaremos los nombres de los que con su muerte un día tras otro van forjando el temple de la nueva España para que los caminantes y viajeros se detengan un día ante las piedras gloriosas y rememoren a los héroes artífices de esta gran patria española.

Españoles, todos con el corazón en alto.

¡Arriba España! ¡Viva España!